

SER PSICOANALISTAS HOY: DESAFÍOS FRENTE A LAS TENSIONES ACTUALES

El sábado 18 de abril se realizó la primera actividad científica de la institución: *Ser psicoanalistas hoy: desafíos frente a las tensiones actuales*. Contamos con la participación de tres destacados profesionales referentes por su trayectoria institucional, su compromiso ético y sus valiosos aportes al psicoanálisis: Rosario Allegue, Luis Correa y Manuel Laguarda (cabe destacar que todas las ideas vertidas en este texto pertenecen a cada uno de los expositores anteriormente mencionados).

La apertura y cierre de la actividad nos trasmite una postura esperanzadora, una apuesta a la vida y a la comunicación frente al aislamiento y la distancia.

Desde el lugar de intersección, en el cruce de lo histórico, de la historia de la sociología y el psicoanálisis, Manuel Laguarda resume la obra de Freud *El malestar en la cultura* abordando distintos ejes: la pulsión de muerte como límite a los proyectos de transformación social, el malestar en la época de Freud, el malestar en la globalización y el malestar actual.

Luis Correa toma las ideas de Freud desde un punto de vista filosófico con la finalidad de acercarnos la concepción del hombre y de la sociedad que influyen en el pensamiento de Freud. Resalta la influencia de Schopenhauer y Nietzsche, avanzando junto a la evolución del psicoanálisis y en forma paralela a los cambios en las ideas en occidente, y haciendo énfasis particularmente en la escuela de Frankfurt (Habermas y Marcuse, entre otros pensadores). Finalmente, nos acerca a algunos de los filósofos actuales, sobre todo a Honneth con la teoría del reconocimiento y la relación que tiene con la perspectiva intersubjetiva.

Rosario Allegue nos acerca a la memoria de un trayecto institucional que ha tenido como propósito institucionalizar una práctica: la de la psicoterapia psicoanalítica, la cual se enmarca en muchos psicoanálisis que hacen tanto a la práctica terapéutica como a la búsqueda de los modos de explicación del funcionamiento del psiquismo humano. Alude a los desafíos que ha tenido que asumir en su recorrido profesional, especialmente en la clínica: los efectos que la cultura y sus representaciones han tenido y tienen sobre hombres y mujeres en la constitución del psiquismo, la subjetividad y los deseos.

Manuel Laguarda identifica dos momentos separados por la guerra de 1914 que van a delimitar la época de Freud y que están marcados por diferentes malestares.

En la primera época del siglo XIX Europa central asiste a una profunda transformación

social en la que «se pasa de un sistema de vida agrario, feudal, campesino y precapitalista, a sociedades modernas, industrializadas, urbanas, capitalistas». Esta trasmutación supone el pasaje de ideas delimitadas por la tradición, basadas en el contrato y en lo inmutable, en donde la vida está marcada desde el nacimiento hasta la muerte.

El pasaje a sociedades modernas, presupone un proceso de «disciplinamiento social que tiene como fundamento la acumulación del capital para levantar industrias y ciudades».

Esta transformación social de acuerdo con Laguarda, al requerir un intenso «disciplinamiento social», va a exigir una gran represión funcional que tendrá como consecuencia un elevado sufrimiento.

Esta primera época de Freud está marcada por un tiempo de intensos miedos al cambio, al extraño, al diferente, a la mezcla de razas, de enfermedades, el miedo a la revolución social, a la guerra («porque Europa va a vivir a partir de 1900 en un estado de tensión bélica permanente, que va a estallar en la guerra de 1914»). Es en este contexto que aparecen las neurosis como patologías en particular, nos aclara Laguarda. Es una sociedad que empieza a sentir una crisis económica, la incertidumbre del mercado.

En el año 1873 se presenta una gran crisis económica en Viena ocasionada por la especulación inmobiliaria, en esta época Freud entra en la universidad. Es un momento de auge del antisemitismo y un giro a posiciones conservadoras en la política de Viena, lo cual va a traer como consecuencia que muchos de los intelectuales se retiren de la vida política y social a la vida cultural. «La Viena del 1900 reconoce, junto con signos de decadencia política y de crisis inminente, un intenso desarrollo intelectual del cual es parte el psicoanálisis.». Pero también, nos recuerda Laguarda, hay un florecimiento en la música, la literatura, la arquitectura y todos los campos de la cultura. «Es una sociedad que está pautada por la crisis de identidad y la fragmentación en un imperio multinacional. La identidad austríaca aparece colapsada por ese gran imperio en el cual son alemanes, pero están gobernando razas y pueblos distintos.». Esta es la época de los primeros años de la formación de Freud.

La segunda época, después de la guerra de 1914, estará trazada por el debacle bélico, la pandemia de la gripe española y por un restablecimiento económico que termina con la crisis de 1929, la cual va a generar una quiebra de bancos y de industrias y el avance del nazismo y el fascismo en Europa. Dicho período se caracteriza por una intensa lucha

ideológica: la guerra civil europea («como la denominan algunos autores debido a que se da una confrontación ideológica y política muy fuerte entre el fascismo, el comunismo y la democracia»). Conviven la tensión y el malestar con el desarrollo de la cultura, como sucede en la Viena de Freud y en la Alemania de Weimar antes del advenimiento del nazismo, afirma Laguarda.

Freud en *El malestar en la cultura* concibe tres fuentes que generan malestar en el ser humano: la pulsión de muerte siempre presente, el poder y la potencia de la naturaleza que lo limita y los vínculos sociales necesarios e imprescindibles pero que generan malestar.

Para Freud es necesario que se instaure en la sociedad un estado que controle y que limite los impulsos agresivos del ser humano que permita una convivencia social. Ananké y Eros son las dos fuerzas que posibilitan que los seres humanos formen cultura, civilización. Eros, la fuerza del amor, del vínculo sexual y tierno, y Ananké, término griego que alude a la necesidad de trabajar para transformar la naturaleza y conseguir frutos de ella que le permita al ser humano sobrevivir.

Freud plantea la hipótesis de que para vivir en sociedad las pulsiones de Eros y Tánatos tienen que ser controladas y reprimidas, y esto genera malestar. Laguarda en este punto articula la idea de Freud de que la medida de la libertad sexual está en relación con la estructura económica de la sociedad, articulando así ideas de Marx y Marcuse (concepto de *sobrepresión*).

Otra fuente de malestar es el sentimiento de culpa inconsciente, el combate contra las pulsiones, el *superyo* sádico que oprime al *yo* y genera un sentimiento de culpa inconsciente para perpetuar la prohibición del incesto. Esto también es una causa persistente de malestar necesario para la cultura, la sociedad y la civilización.

Otro concepto que Laguarda destaca y que Freud señala que es fuente de malestar y de disgregación de la sociedad es esa situación que él llama

Misericordias psicológicas de las masas son situaciones en las cuales se produce una disolución de los valores que guían a la sociedad, se disuelven las identificaciones colectivas que sostienen a la sociedad. La gente deja de tener referentes morales y se produciría esta disgregación de los ideales, que significaría por tanto una disgregación de la convivencia social. Sería lo que la sociología llama *anomia* o lo que Gramsci llama *crisis de hegemonía*. Vendría a hacer una disolución de los niveles que sostienen a la sociedad.

Freud no concibe la construcción de una sociedad sin tensiones ni conflictos, sin malestar, sin maldad, porque la pulsión de muerte habita en el ser humano. A pesar de

que Freud no concibe sociedades perfectas, sí deja planteado la idea de sociedades mejores cuando propone la dialéctica constante entre Eros y Tánatos en toda la historia humana. El final del texto *El malestar en la cultura* es en palabras de Laguarda:

«Invocación a que las fuerzas de Eros puedan vencer a las fuerzas de Tánatos para que se siga desarrollando la sociedad humana es una apuesta a la vida».

Según Laguarda, si los modelos de construcción del *yo* en la época de Freud implicaban una intensa represión sexual que originan las neurosis, los modelos de construcción del *yo* en la época del consumismo, de la libido oral, tienen que ver con otros modelos de la construcción del *yo*, con otras subjetividades y con otras patologías. La globalización que se instaura en la última década del siglo pasado está pautada por las ilusiones del fin de la historia, «una globalización de los capitales, que fluyen de un lado al otro del planeta, pero no de la democracia, del bienestar o de sociedades mejores».

Dicha globalización se acompaña de una mayor inseguridad. En la modernidad líquida de Bauman todo es mucho más inestable. El malestar persiste en forma de amenazas al medio ambiente, de nuevas pandemias y de guerras. Va a estar pautada por tres grandes movimientos críticos: «La caída de las Torres Gemelas con el terrorismo del 2001, la crisis financiera del 2008 y la pandemia actual».

Es una globalización frágil. Lo que la pandemia viene a poner de manifiesto, según Laguarda, es que este mundo es frágil, está basado en ilusiones.

Esta globalización y este neoliberalismo habían desarmado los estados de bienestar para favorecer al gran capital financiero, habían desarticulado los sistemas de salud y dejado a la humanidad indemne ante una pandemia que la propia globalización se encargó de trasladar a todo el mundo. La pandemia vino a poner de manifiesto, que la globalización era el mundo del darwinismo social, en el cual los más fuertes sobrevivían a la crisis del mercado, ahora en el mundo de la pandemia sobreviven los más fuertes ante el ataque de la enfermedad. Es como si lo siniestro, lo real, lo que estaba escondido detrás de la globalización y el neoliberalismo se hiciera visible en la situación de la pandemia. Aquello que Freud decía de lo siniestro como la cara oculta de lo real, de lo que no se ve pero que está si damos el envés de la realidad. Esa cara la pandemia no la crea, sino que la manifiesta, la hace más exultante, más expresiva.

En este presente de pandemia, nos revela Laguarda que el malestar humano pone de manifiesto aquello que Freud desarrolla en su texto como fuentes del malestar propio de toda civilización: la fragilidad del ser humano por su condición de mortal, la naturaleza

con su poder inmenso y los vínculos humanos que son fuente de sufrimiento.

La muerte esa cosa innombrable, indecible, podríamos decir que se evidencia a través de un enemigo invisible. «También sociedades que apuestan al consumo, que vacían de sentido a la vida humana, incrementan esta angustia de muerte, y la naturaleza que se creía dominada con la tecnología aparece ahora con una fuerza que está más allá de la voluntad humana.».

De acuerdo con Laguarda, la pregunta de Rosario Allegue formulada en su exposición final acerca de cómo ser psicoanalistas hoy merece distintas reflexiones. El psicoanálisis está basado en la teoría de la transferencia, en el inconsciente en la sexualidad infantil, que siguen siendo válidos en esta época.

Se trata de entender en cada época cuáles son los modelos de construcción, qué es lo que gestan las sociedades, cuáles son las subjetividades, las patologías. Las técnicas son en definitiva recursos que siempre se pueden adaptar, pero el combate de Eros y Tánatos, las posibilidades de seguir creando vida y sociedad, siguen estando presentes siempre y también en esta hora.

Para Laguarda, la obra de Freud es muy oportuna, muy pertinente, y estudiarla en este momento nos hace reflexionar que en la historia aparecen a veces *cisnes negros*, lo impensable, lo que no estaba escrito. Las causas del malestar humano siguen siendo las mismas, y esta crisis nos hace estar abiertos a otras posibilidades, a otros mundos. «La reconstrucción de las sociedades y del mundo también podrán verse como una lucha entre Eros y Tánatos.».

El desenlace de esta pandemia podría ser por un lado una reconstrucción, que sería el triunfo de Tánatos, la vuelta al mundo neoliberal, al mundo del capital financiero, del egoísmo, que podría recobrar ahora formas peores, formas autoritarias (que Byung-Chul Han ha mencionado que supondría un estado autoritario), que daría libertad a los mercados pero que oprimiría a los ciudadanos con todos los recursos que se han desarrollado para el control social en torno a la pandemia. Una reconstrucción de ese mundo sería siempre el triunfo de Tánatos. La otra salida por parte de Eros sería sobre la base de la sociedad y sobre la base de una conciencia colectiva que supere este individualismo disgregante, de manera que Eros y Tánatos siguen actuando como principios de lucha, y nosotros seguimos estando al servicio de Eros y la lucha sigue, la vida sigue y el psicoanálisis seguirá con video llamadas, con teleconferencias, pero los principios que nos guían a nosotros siguen presentes para contribuir a nuestras sociedades.

Luis Correa nos recuerda el desafío como psicoanalistas de tomar la palabra con

humildad, lo cual supone posicionarnos no desde una verdad última y revelada sino desde una actitud ética e intelectual, como lo hizo Freud desde la interrogación permanente en la apertura del pensamiento, dejando siempre preguntas abiertas y aceptando un carácter especulativo. Carácter fundamentalmente relevante en un momento en el cual al malestar de base, como señala Freud, se le suma un malestar de lo ominoso del coronavirus que tiene, nos dice Correa, «una doble fuente, porque por un lado deriva de la biología y por otro lado deriva también de las acciones humanas».

Realiza un sólido recorrido por los principales pensamientos filosóficos desde la época de Freud hasta la actualidad, y toma como punto de partida el sentimiento de fragilidad propio de la condición humana. Sentimiento que Freud aborda en su obra y que es parte de la condición humana. Una impronta filosófica que se enmarca en la corriente filosófica que tiene como centro de preocupación al ser humano y su condición, la ontología, de acuerdo con Correa. La obra *El malestar en la cultura* está ligada al porvenir de una ilusión en la cual el tema central es la destitución que Freud hace de la religión, la búsqueda de un padre bueno que nos cobije del desamparo del ser humano. Esto cambia con el siglo de las luces en donde impera la razón.

Agrega Correa que «Kant llegó a la conclusión de que no se podía hablar de una realidad independientemente del sujeto que la conoce, y Freud va a agregar algo más: que ese sujeto, a través del cual es posible hablar de la realidad, es la razón que esta jaqueada por la pulsión inconsciente».

Es en esta obra, prosigue Correa, que se va a poner en duda otro de los conceptos de la filosofía tradicional en tanto el animal político, definido por Aristóteles, que vive en una tensión permanente con su naturaleza más íntima. La tendencia gregaria es una condición necesaria del ser humano, pero también tiene que lidiar contra la pulsión de muerte como obstáculo que entorpece la convivencia entre los humanos. Freud nos plantea que los seres humanos se unen por los afectos: «Libidinización sublimada en la mayor parte de los vínculos».

Toda su obra está dirigida a entender y a disminuir la sumisión del hombre a su propia naturaleza, y si bien él no cree que exista un estado último de donde se pueda vencer definitivamente ese malestar de base, sí es posible disminuirlo y lograr formas de estructuración psíquica y de estructuración de los vínculos, que son más compatibles con un estado más armónico.

De acuerdo con Correa, Freud comparte con Schopenhauer muchas ideas que se

enmarcan en la corriente reflexiva, la cual tiene en cuenta que el hombre existe sobre un fondo inevitable de dolor e incertidumbre.

Nietzsche, otro de los filósofos relativamente contemporáneos, tiene puntos de contacto con el pensamiento freudiano. La idea del superhombre es una idea central para el filósofo, que alude a que el hombre se reconcilia con sus propios instintos y a partir de su propia existencia forma una nueva escala de valores, separándose así de la moralidad convencional y eligiendo su propia escala de valores. Este mito del eterno retorno propio del pensamiento primitivo, re aparece, según Correa, en la edad moderna cuando entra en crisis el concepto de progreso, la idea de que todo se desenvuelve según un avance imprescindible y constante, como siguiendo un recorrido predeterminado para la historia. La idea del eterno retorno es propia de las comunidades primitivas, y en Freud aparece en la existencia del inconsciente, en particular en la pulsión de muerte (concepto que Freud estudia en las neurosis obsesivas). Esta idea será el germen del existencialismo, corriente que será de gran importancia para entender las ideas de Freud, afirma Correa.

Correa se centra principalmente en la herencia de Nietzsche en el existencialismo. En este contexto, el concepto de angustia prevalece y domina en el campo filosófico en la segunda mitad del siglo XX. Destaca la importante influencia en Freud de otras corrientes filosóficas, sobre todo de la filosofía francesa, que encuentran, por ejemplo, una figura importante en Lacan.

En el vínculo de la escuela de Frankfurt con el psicoanálisis, Correa destaca el pensamiento de Marcuse. Cobra especial relevancia su concepto de *desublimación represiva*, concepto de impronta freudiano y que desde la actualidad apunta a que en la sociedad de consumo se busca la satisfacción inmediata sin represión de lo pulsional, tendencia que tiende a abolir la culpa. «El principio de placer, dice Marcuse, absorbe al principio de realidad, y entonces la libido queda obligada a una búsqueda incesante de nuevas formas del goce». El hombre es esclavo de sí mismo, ya no hay otro que lo controle. De acuerdo con Correa, si no queda esclavizado en las redes de internet, del *big data*, como lo plantea el filósofo contemporáneo Byung-Chul Han en un nuevo escenario de la psicopolítica.

Axel Honneth, filósofo actual y seguidor de Habermas, propone que toda acción humana está en relación con la necesidad de reconocimiento, teoría que está implicada en la intersubjetividad psicoanalítica, nos recuerda Correa, y que se expresa en el movimiento de mayor alcance en la cultura contemporánea: el feminismo («el cual

busca al igual que otros movimientos la reivindicación y el reconocimiento frente a un paradigma dominante patriarcal, economicista y homogeneizador»).

Lo humano, nos dice Correa, es «una síntesis de grandes procesos colectivos y de millones de historias singulares. En esas dos dimensiones hay hechos y ficciones, lecturas del pasado y bosquejos del futuro, pero nunca está dicha la última palabra y, como dice Freud, ¿quién puede decir cuál será el desenlace?».

Rosario Allegue alude a que este momento está marcado por una «ruptura antropológica» donde hay un quiebre en la vida de los seres humanos.

En su trayectoria institucional, nos recuerda Allegue, Audepp siempre ha aceptado un importante desafío, ha adoptado un posicionamiento que tiene como centro a la relación del individuo con la sociedad, con la cultura de nuestro tiempo y con su lugar de pertenencia. Esta marca privilegia el ejercicio y posicionamiento en relación al desarrollo y a la práctica de la psicoterapia. Asimismo, le ha dado un lugar importante a los vínculos intersubjetivos, al lazo social en un entramado trans-subjetivo, nos menciona Allegue.

Audepp como institución le ha dado relevancia a la tensión entre el conflicto y la cultura, al desarrollo de múltiples teorías con sus consecuencias técnicas y a la inclusión de una realidad concreta en la que terapeutas y pacientes llevan a cabo su práctica.

Rosario Allegue nos acerca a la memoria de un trayecto institucional que ha tenido como propósito institucionalizar una práctica: la de la psicoterapia psicoanalítica. Práctica que se enmarca no en un solo psicoanálisis sino en muchos que «hacen tanto a la práctica terapéutica como a la búsqueda de los modos de explicación del funcionamiento del psiquismo humano».

Una pregunta que para Allegue sigue teniendo su vigencia es, ¿qué le ha hecho la cultura al psiquismo? En este sentido, nos dice «que Freud como fundador del psicoanálisis efectuó un doble movimiento al poner en el centro del problema al sujeto en relación con el síntoma y, por otro lado, al poner al síntoma en relación con el malestar en la cultura». Se trata de un Freud maduro, que en los últimos trabajos ha introducido a la cultura como un elemento que conforma fuertemente al individuo.

Allegue alude a los viejos desafíos, a los nuevos desafíos, a un entramado institucional que marca un largo trayecto personal y profesional. Ese recorrido se ha iniciado con el cuestionamiento de los postulados freudianos sobre la sexualidad femenina, luego con el encuentro de un campo interdisciplinario como los estudios de género en su articulación con el psicoanálisis y con las dificultades reproductivas vistas

a la luz de la tecnología.

La violencia y la diversidad sexual son temáticas de estudio y profundización en su trayectoria profesional. Este variado trayecto ha tenido para ella en común la posibilidad de «cuestionar lo ya sabido, lo instituido al mismo tiempo en el intento de develar lo que queda por saber».

Tolerar la incertidumbre se constituye en otro de los desafíos a la hora del cuestionamiento de los saberes heredados, saberes que han tenido como epicentro al pensamiento binario organizado en pares, como individuo/sociedad, por donde transita este trabajo de Freud. «Otros dos pares, identidad/diferencia y naturaleza/cultura, constituyen el lugar por donde transita el conocimiento, las teorías, los saberes, cuando intentan pensar lo femenino y lo masculino. Estos saberes han sido puestos en interrogación por distintas disciplinas.». La tarea para Allegue ha sido construir y reconstruir teorizaciones y prácticas, y esto ha constituido un desafío para los psicoanalistas porque el interés radica en el efecto que determinadas representaciones culturales tienen sobre mujeres y hombres, y en cómo inciden estas representaciones en la configuración del aparato psíquico, de la subjetividad y de los deseos.

Para Allegue el trabajo clínico actual está enmarcado en *El mundo superpuesto, paciente y analista* (Puget y Wenders, 1982) con los consiguientes cambios que se generan en el modo de trabajo a distancia, el encuadre, las intervenciones, los fenómenos trasferenciales, la ausencia-presencia del cuerpo vulnerado. Este ejercicio marca un nuevo desafío, se abre una época nueva que trae como característica la incertidumbre, y lo que Janine Puget denomina como: «el principio organizador de la incerteza».

Una época que obliga a un cambio radical de una forma de vivir y de ver el mundo, de ser psicoanalistas y de ejercer nuestra profesión.

Frente a este cambio, la pregunta que se instala como desafío central para Allegue es, ¿cómo se sigue siendo psicoanalista?

Para ella, la ausencia de la distancia con los hechos que se están viviendo no nos permite la formulación de hipótesis, pero sí saber que hay algo que no va a ser lo mismo.

¿Cómo se sale de la pandemia? Se pregunta.

Frente a esta pregunta, Allegue responde desde su lugar de pertenencia generacional al igual que sus colegas integrantes de la generación de la utopía: «La salida transitaría por un gran despliegue de solidaridad social, de contacto con nuestros semejantes y de igualdad, y tal vez con un jaqueo importante al mundo patriarcal.».

COMISIÓN CIENTÍFICA

Ana Lía Camiruaga (coordinadora)

Patricia Cafasso

Juan Andrés Janzich

Mariana Rubio